

Pablo González de Langarika

Contaba margaritas

Fue carne de cañón. Llovieron rosas
e hicieron mella al fondo de sus ojos,
allí un jilguero obispo, con sus rojos
talares, confirmaba mariposas.

Contaba margaritas muy hermosas
en el jardín humilde de los cojos
e irradiaba un sin fin de vientos flojos.
La carne de cañón tiene sus cosas.

Tenía pocos años, jeringuillas
al borde de la paz, cerca del sueño
que olvidaba, despierto, cada noche.

Alrededor quedaron las colillas,
algún rato después cruzó algún coche.
Vacías la botella y la esperanza.

Nadie bailó los sones de su danza.
No fuera hijo de dios. Tuviera dueño.

